

Yudiel Pérez Yero, médico de propósito y compromiso

Texto y foto DENIA FLEITAS ROSALES

"La palabra que nos define a mi equipo y a mí, es el compromiso con nuestra especialidad, nuestra institución y nuestros pacientes".

Quien conoce al doctor Yudiel Pérez Yero, especialista de Primer Grado en Medicina Intensiva y Emergencia, puede afirmar lo verídico de su expresión. Es uno de esos jóvenes para quienes la praxis médica es un propósito.

"La Medicina es una forma de pensamiento que va enfocada a salvar. La Intensiva mucho más, porque su fin es rescatar al ser humano de la muerte; es prácticamente arrebatarle al paciente en estado crítico en un corto tiempo".

A 17 años de su graduación como médico general, servir a los enfermos, darles palabra de vida, alentar la esperanza con su entrega incondicional, son razones para subir cada día a la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico Quirúrgico Universitario Celia Sánchez Manduley, de Manzanillo, con fe y optimismo.

Su desempeño se nutre del sacrificio, de la autopreparación, "porque presentarse delante de un paciente que está en estado crítico y salvarlo impone conocimiento, horas de estudio y desvelo, fundamentalmente las de la madrugada"; las que por fortuna comparte, luego de un café, con su esposa, defensora también de la integridad física desde la Cirugía Plástica y Traumatología.

Entrega de guardia, pases de visita, discusión de casos, comisiones de antibióticos, revisión de historias clínicas, forman parte de su día común en la Terapia Intensiva, donde al frente de ocho especialistas vela por la vida. Nombrarlas toma segundos, pero ejecutarlas demanda exigencia y exactitud, "agilidad y conocimiento profundo", asegura. También mucha sensibilidad y firmeza, porque duele perder a una persona.

"La toma de decisiones es vital. A diferencia de lo que algunos piensan la



terapia no es de correr, ni agitación; es de permanecer alertas, atentos a cada señal del paciente, al lenguaje corporal y a la monitorización para adoptar conductas inmediatas".

Los 11 años como especialista han aguzado la precisión, tanto como su condición humanista por excelencia. "Lo hemos aprendido de las enfermeras, que son nuestra mano derecha y llevan el rol protagónico al lado de los pacientes durante 24 horas. Ellas son nuestras profesoras y tuyas, como de los residentes, son cada conquista".

"Juntos hemos aprendido a reinventarnos. Frente a las situaciones de los insuertos médicos no nos quedamos de brazos cruzados. Buscamos soluciones. No puede ser que un paciente fallezca porque no hubo intervención. Son cosas que ocurren diariamente, que alguien necesite algo y nos las ingeniamos para buscarlo o una alternativa, y cuán gratificante es que con ese invento el paciente evolucione. Es parte de nuestras victorias".

Igualmente lo es, en circunstancias tan tristes como la gravedad o peligro de muerte, que "un papá de Frío de Nagua, en el municipio de Bartolomé Masó, te agradezca la sonrisa o por ponerle la mano en el hombro. Eso, todos mis compañeros lo hacen. Qué bonito cuando das una entrevista y, a pesar del dolor, esa persona reconoce tu esfuerzo, tu sensibilidad; distingue eso que ya es natural para nosotros: ponernos en su lugar, hacer su dolor como nuestro.



"Yo le llamo a eso hablar con el corazón, quitarse la coraza de médico, porque también formamos parte de este pueblo. A pesar de lo que vivimos, venimos a dar lo mejor para que ellos celebren el regreso de sus familiares a casa y sientan que les acompañamos".

Tal vez Marian, la joven de 19 años salvada de una necrosis epidérmica con lesiones en piel que ocuparon el 70 por ciento de su cuerpo, no le recuerde. Pero Yudiel, además de la complejidad del caso, conserva en la memoria la sonrisa de la muchacha. "Treinta días después pudimos ver a una Marian sin lesiones, sonriente, que posteriormente al alta vino a la sala y la conocimos por su mamá".

"Una de las enseñanzas de ese caso fue que realmente se puede. Cuando las especialidades se unen, se pone la vista en el objetivo, y se hace con amor y dedicación, se logra el premio al sacrificio, que para nosotros fue ver la sonrisa de Marian".

Los sueños del niño Yudiel se hicieron realidad. Aquel coloso que veía de pasada,

a través de la ventanilla, cuando de su natal territorio, Niquero, viajaba de vacaciones, se convirtió en su "segunda casa".

El Hospital Celia Sánchez Manduley se tornó en el espacio "para realizarme como persona y seguir apuntalando y creciendo como médico. Su colectivo es una familia, en la que tenemos madres y padres que han visto cómo crecemos, a quienes admiramos y respetamos".

Venezuela y los siete años de misión internacionalista también forjaron habilidades en el profesional. Tratar enfermedades vistas solo en libros y compartir conocimientos para la especialización de nuevos y futuros profesionales, en momentos distintos, acentuaron la certeza del rumbo.

"La vida de esas personas que llegan a terapia depende de nosotros. Salvarles supone, ciertamente, consagración, esfuerzo, pasión, sacrificio; pero la palabra de definición es, sin dudas, el compromiso".

Del buró a la labranza

Texto y foto ORLANDO NARANJO ESCALONA

Contadora de profesión, con más de 30 años de experiencia en la actividad, de repente da un giro radical a su carrera profesional y toma rumbo al surco, donde sus ancestros prodigaron una vida apacible.

Bien sabe la masoense María Teresa Ramos Torres que la tierra lo da todo, de esta, bien abonada con el sudor de sus padres y abuelos, salieron sus estudios, crianza y los ingresos que sustentaron la economía doméstica de su familia.

Por eso, no lo pensó dos veces y ante la oportunidad de hacerse con un pedazo de tierra, en los alrededores de su casa, saltó de inmediato del buró a la labranza.

"Era casi como una tarea de locos, porque toda esta área pertenecía al Centro Procesador de Residuales Urbanos (Cepru) y estaba llena de basura, escombros y tarcos, además, con un alto grado de infestación de aroma y marabú, pero con mucha pasión y determinación hemos podido transformar esta realidad, que ha sido también cambiar nuestras vidas y la de algunos miembros de la comunidad".



Su historia no termina ahí, con visión y esfuerzo enfiló sus pasos hacia la concreción de un proyecto de desarrollo local destinado a convertir su sembradío en una finca agroecológica, a la cual decidió nombrar Dos Palmas.

En ella, no solo cultiva alimentos, también produce oportunidades para su equipo de cinco trabajadores, que-

nes han logrado superar los cinco mil pesos mensuales en salarios, con posibilidad de llegar hasta 10 mil, según los ingresos de sus ventas.

"Tenemos un pedacito de tierra para cada cosa, contamos con plátano, fruta bomba, berenjena, café, frijoles, cítricos y frutales, además de caña y king grass, para el sustento de los animales.

"Aplicamos humus de lombriz y otras buenas prácticas agrícolas, con las cuales no solo suplimos el déficit de abonos y otros productos necesarios, sino, también, protegemos el medioambiente, en la misma medida en que aumentamos nuestras producciones".

Pero su impacto va más allá de lo económico y de lo productivo, los beneficios de su trabajo se extienden a la comunidad, incluyendo al hogar de ancianos, al círculo infantil y a otras instituciones sociales que reciben apoyo de sus iniciativas.

María Teresa no se detiene aquí, tiene grandes sueños para su proyecto: desea ampliar sus áreas de cultivo y generar nuevos empleos, convirtiendo su finca en un referente del quehacer agroecológico en la región.

Su compromiso con la agricultura sostenible y el bienestar comunitario resalta el potencial de las mujeres masoenses, quienes demuestran que, con valentía y determinación pueden convertir grandes sueños en realidades.

Una invitación a creer en el cambio y a trabajar juntos por un futuro mejor, más próspero y sustentable.